

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LXI, número 20 (2.868)

Ciudad del Vaticano

17 de mayo de 2024



Impulsar el deseo de compartir la amistad con Dios

Abiertos al misterio, cuidando la fe de los sencillos

Un comentario a las nuevas normas sobre presuntos fenómenos sobrenaturales.



ANDREA TORNELLI

«El magisterio eclesial protege la fe de los sencillos... ésta es su tarea democrática. Debe dar voz a quienes no la tienen». Estas palabras del cardenal Joseph Ratzinger vienen a la mente después de haber concluido la lectura de las normas sobre presuntos fenómenos sobrenaturales publicadas por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe. Un documento que refleja el enfoque pastoral que caracteriza el pontificado de Francisco y que se ha hecho necesario para superar dificultades, callejones sin salida y contradicciones abiertas que se han producido en el último medio siglo, con pronunciamientos incluso opuestos sobre un mismo fenómeno.

La fe de los sencillos está protegida en primer lugar porque el texto reitera claramente que la Revelación terminó con la muerte del último apóstol y que ningún creyente está obligado a creer en apariciones u otros fenómenos presuntamente sobrenaturales, aunque por muchos siglos hayan sido aprobados por la autoridad eclesiástica y declarados explícitamente sobrenaturales. Al mismo tiempo, se reconoce que en muchos casos estas manifestaciones excepcionales han provocado abundancia de frutos espirituales y crecimiento en la fe y por tanto la autoridad de la Iglesia no debe tener un juicio a priori negativo, casi como si Dios o la Virgen María tuviera necesidad de la autorización de una curia o de un dicasterio vaticano para manifestarse.

Es entonces muy clara la intención de proteger la fe de los sencillos de las ilusiones, del fanatismo, de las estafas, de los fenómenos de marketing religioso, así como de la obsesión de perseguir tal o cual mensaje apocalíptico y acabar olvidando lo esencial del Evangelio.

Llama también la atención la opción de no querer llegar - salvo en casos muy raros que implican directamente la autoridad del Sucesor de Pedro - a exigir declaraciones de autenticidad y sobrenaturalidad del fenómeno. Y esta es también una manera de proteger la fe del pueblo de Dios, dejando mayor libertad para participar en devociones y peregrinaciones cuando no existan motivos que lo desaconsejen. Continuar estudiando el fenómeno, acompañar a los videntes sin dejarlos solos y a la deriva (como lamentablemente ha sucedido), realizar actividades pastorales y catequéticas que ayuden a dar buenos frutos espirituales.

Se han introducido 6 categorías de votos finales sobre los presuntos fenómenos, en lugar de las 3 preexistentes. Según las antiguas normas de 1978, la sentencia podía terminar con una

QR para la lectura del documento sobre fenómenos sobrenaturales

Hacia el Jubileo - 3. La indulgencia jubilar

Normas sobre la concesión de indulgencias durante el Jubileo Ordinario del año 2025

PÁGINAS 4-5

IV Jornada Mundial de los Abuelos

No a la triste "conspiración social" que produce abandono y aislamiento

PÁGINAS 6-7

SIGUE EN LA PÁGINA 13

En el Regina Caeli el Papa asegura la disponibilidad de la Santa Sede y reza por la paz también en Oriente Medio y Myanmar

Todos los esfuerzos para favorecer el intercambio de prisioneros entre Rusia y Ucrania

El deber de custodiar la unidad ha sido reiterado por el Santo Padre en el discurso dirigido a los fieles de la Iglesia siro-malabar, recibidos en audiencia esta mañana, lunes 13 de mayo, en la Sala del Consistorio. Liderando el grupo que llegó de la India, Su Beatitud Mar Raphael Thattil, con motivo de su primer viaje a Roma después de la elección como arzobispo mayor de Ernakulam-Angamaly.

Beatitudes,
Sus excelencias,
Queridos hermanos y hermanas:

Me complace encontrarme con vosotros y darle la bienvenida a usted, a los hermanos obispos y a cuantos le acompañan en su primer viaje a Roma después de la elección. ¡Ha sido bonita la elección! Saludo fraternalmente también a los representantes de la comunidad siro-malabar de Roma.

Los fieles de vuestra amada Iglesia son conocidos, no solo en la India sino en el mundo entero, por el vigor de la fe y la devoción. La vuestra es una fidelidad antigua, arraigada en el testimonio, hasta el martirio, de Santo Tomás, Apóstol de la India: sois custodios y herederos de la predicación apostólica. Habéis tenido muchos desafíos a lo largo de vuestra larga y problemática historia, que en el pasado también ha visto a hermanos en la fe cometer contra vosotros acciones desafortunadas, insensibles a las peculiaridades de vuestra floreciente Iglesia. Sin embargo, habéis permanecido fieles al Sucesor de Pedro. Y yo estoy feliz hoy de acogerlos y de confirmarlos en la gloriosa herencia que habéis recibido y que lleváis adelante. Sois obedientes, y donde hay obediencia está Ecclesia; donde hay desobediencia está el cisma. Y vosotros sois obedientes, esta es una gloria vuestra: la obediencia. Incluso con el sufrimiento, pero seguir adelante.

Es vuestra historia, singular y preciosa, y es un patrimonio único para todo el Pueblo santo de Dios. Aprovecho para recordar que las tradiciones orientales son tesoros imprescindibles en la Iglesia. Especialmente en un tiempo como el nuestro, que corta las raíces y mide todo, lamentablemente también la actitud religiosa, sobre lo útil y lo inmediato, el Oriente cristiano permite recurrir a fuentes antiguas y siempre nuevas de espiritualidad. Estas fuentes frescas aportan vitalidad a la Iglesia y, por tanto, es bueno para mí, como obispo de Roma, animaros a vosotros, fieles católicos siro-malabares, dondequiera que os encontréis, a cultivar bien el sentido de pertenencia a vuestra Iglesia sui iuris, para que su gran patrimonio litúrgico, teológico,

espiritual y cultural pueda resplandecer aún más. Y además le he dicho a Su Beatitud que pida jurisdicción para todos sus migrantes en tantas partes de Oriente Medio. He dicho que tienen que pedir la jurisdicción con las cartas, pero yo hoy ya he dado la jurisdicción y pueden actuar con esto. También se debe hacer a través de las cartas, pero a partir de hoy puedes. Yo deseo ayudarlos, pero sin sustituirlos, precisamente porque la naturaleza de vuestra Iglesia sui iuris os habilita, además de a un examen atento de las diversas situaciones, también a tomar las medidas oportunas para afrontar con responsabilidad y valentía evangélica, fieles a la guía del Arzobispo Mayor y del Sínodo, las pruebas que estáis atravesando. Es lo que quiere la Iglesia: fuera de Pedro, fuera del Arzobispo Mayor no es Ecclesia.

En este sentido, en los últimos tiempos he dirigido cartas y he dirigido un mensaje de vídeo a los fieles para advertirlos de la peligrosa tentación de querer concentrarse en un detalle, al que no se quiere renunciar, en detrimento del bien común de la Iglesia. Es la deriva de la autorreferencialidad, que lleva a no sentir otra razón que la propia. En español, decimos que esta autorreferencialidad se dice "yo, me, mi, conmigo, para mí": yo, me, mi, conmigo, para mí, todo para mí. Y es aquí donde el diablo -el diablo existe-, el divisor, se insinúa, contrariando el deseo más ardiente que el Señor ha expresado antes de inmortalarse por nosotros: que nosotros, sus discípulos, fuéramos «una sola cosa» (Jn 17,21), sin dividirnos, sin romper la comunión. Custodiar la unidad, por tanto, no es una piadosa exhortación, sino un deber, y lo es sobre todo cuando se trata de sacerdotes que han prometido obediencia y de los que el pueblo creyente espera el ejemplo de la caridad y de la mansedumbre. Beatitud, trabajemos con determinación para custodiar la comunión y oremos sin cansarnos para que nuestros hermanos, tentados por la mundanidad que lleva a endurecerse y dividirse, puedan darse cuenta de que son parte de una familia más grande, que los ama y los espera. Como el Padre con respecto al hijo pródigo, dejemos las puertas abiertas y el corazón abierto para que, una vez convertidos, no encuentren dificultad en entrar (cf. *Evangelii gaudium*, 46): los esperamos. Se confronta y se discute sin miedo -esto está bien-, pero sobre todo se reza, para que, a la luz del Espíritu, que armoniza las diversidades y reconduce las tensiones en unidad, se resuelvan los conflictos. Con una



certeza: que el orgullo, las recriminaciones, las envidias no vienen del Señor y nunca conducen a la concordia y a la paz. Faltar gravemente al respeto al Santísimo Sacramento, Sacramento de la caridad y de la unidad, discutiendo los detalles celebrativos de esa Eucaristía que es el punto más alto de su presencia adorada entre nosotros, es incompatible con la fe cristiana. El criterio guía, el verdaderamente espiritual, el que deriva del Espíritu Santo, es la comunión: significa verificarse sobre la adhesión a la unidad, sobre la custodia fiel y humilde, respetuosa y obediente de los dones recibidos. Y me gustaría decir a todos: en momentos de dificultad y crisis, no nos dejemos llevar por el desánimo o una sensación de impotencia ante los problemas. Hermanos y hermanas, no se apague la esperanza, no nos cansemos de tener paciencia, no nos encerremos en prejuicios que llevan a alimentar la animosidad. Pensemos en los grandes horizontes de la misión que el Señor nos confía, la misión de ser signo de su presencia de amor en el mundo, ¡no escándalo para quien no cree! Pensemos, al tomar cada decisión, en los pobres y en los alejados, en las periferias, en las de la India y en la diáspora, en las existenciales. Pensemos en los que sufren y esperan señales de esperanza y consuelo. Sé que la vida de muchos cristianos en muchos lugares es difícil, pero la diferencia cristiana consiste en responder al mal con el bien, en trabajar sin cansarse con todos los creyentes por el bien de todos los hombres. Os agradezco el compromiso de vuestra Iglesia en los campos de la forma-

ción familiar y de la catequesis, y apoyo vuestro trabajo pastoral dirigido a los jóvenes y a las vocaciones. Estoy cerca de vosotros en la oración y os llevo en el corazón cada día. Y vosotros, por favor, llevad a vuestros hermanos y hermanas mi aliento. Juntos miramos a Jesús: a Él crucificado y resucitado, a Él que nos ama y hace de nosotros una sola cosa, a Él que nos quiere reunidos como una sola familia en torno a un único altar. Como el apóstol Tomás, miremos sus llagas: son visibles aún hoy en el cuerpo de muchos hambrientos, sedientos y descartados, en las cárceles, en los hospitales y a lo largo de las calles; tocando a estos hermanos con ternura, acogemos al Dios vivo en medio de nosotros. Como Santo Tomás, miremos las llagas de Jesús y veamos cómo de aquellas heridas, que habían aturrido a los discípulos y podían arrojarlos a un irreparable sentimiento de culpa, el Señor ha hecho correr canales de perdón y de misericordia. ¡Corazón ancho, corazón ancho, siempre! ¡Qué asombro habrá captado el apóstol Tomás al contemplarlas y ver sus dudas y temores desvanecerse ante la grandeza de Dios! Es el asombro lo que genera esperanza, es el asombro lo que lo ha empujado a salir, a cruzar nuevas fronteras para convertirse en vuestro padre en la fe. ¡Cultivemos este asombro de la fe, que permite superar cualquier obstáculo! Y vosotros, queridos fieles de la comunidad siro-malabar de Roma, descendientes del apóstol Tomás en la ciudad de Pedro y Pablo, tenéis un papel especial: desde esta Iglesia, que preside la comunión universal de la caridad (cf. San Ignacio de Antioquía, Carta a los Romanos), estáis llamados a rezar y cooperar de manera especial por la unidad dentro de vuestra Iglesia, no solo en Kerala sino en toda la India y en todo el mundo. ¡Kerala, que es una mina de vocaciones! Oremos para que siga siéndolo. Beatitud, gracias por esta visita fraterna, me alegro. Queridos hermanos y hermanas, de corazón os bendigo y os encomiendo a la Virgen María, a Santo Tomás Apóstol y a vuestros santos y mártires; y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí. ¡Muchas gracias!

certeza: que el orgullo, las recriminaciones, las envidias no vienen del Señor y nunca conducen a la concordia y a la paz. Faltar gravemente al respeto al Santísimo Sacramento, Sacramento de la caridad y de la unidad, discutiendo los detalles celebrativos de esa Eucaristía que es el punto más alto de su presencia adorada entre nosotros, es incompatible con la fe cristiana. El criterio guía, el verdaderamente espiritual, el que deriva del Espíritu Santo, es la comunión: significa verificarse sobre la adhesión a la unidad, sobre la custodia fiel y humilde, respetuosa y obediente de los dones recibidos. Y me gustaría decir a todos: en momentos de dificultad y crisis, no nos dejemos llevar por el desánimo o una sensación de impotencia ante los problemas. Hermanos y hermanas, no se apague la esperanza, no nos cansemos de tener paciencia, no nos encerremos en prejuicios que llevan a alimentar la animosidad. Pensemos en los grandes horizontes de la misión que el Señor nos confía, la misión de ser signo de su presencia de amor en el mundo, ¡no escándalo para quien no cree! Pensemos, al tomar cada decisión, en los pobres y en los alejados, en las periferias, en las de la India y en la diáspora, en las existenciales. Pensemos en los que sufren y esperan señales de esperanza y consuelo. Sé que la vida de muchos cristianos en muchos lugares es difícil, pero la diferencia cristiana consiste en responder al mal con el bien, en trabajar sin cansarse con todos los creyentes por el bien de todos los hombres. Os agradezco el compromiso de vuestra Iglesia en los campos de la forma-

Hacia el Jubileo

El ansia de salvación del hombre medieval al hombre moderno

FEDERICO CORRUBOLO

Para entender bien lo que se entiende por indulgencia, hay que dar un paso atrás. En la Iglesia antigua no se confesaba como lo hacemos hoy. El perdón de los pecados era un "hecho social": se declaraba pecador (sin entrar en detalles, que tanto no hacía falta), se entraba en un grupo (una verdadera "comunidad de recuperación"), y se hacía un recorrido penitencial que podía durar varios meses e incluso años según la gravedad del pecado. Por lo tanto, antes se hacía penitencia y solo al final (generalmente en la mañana del Jueves Santo) se presentaba al obispo que imponía las manos y daba la absolución de los pecados. La secuencia era entonces: primero la confesión, luego la penitencia y finalmente la absolución.

Sin embargo, era un asunto largo, que requería tiempo y exigía muchos sacrificios. Era un camino que se podía hacer pocas veces en la vida, y se refería a pecados graves (robos, asesinatos, etc.): antes de iniciarlo se pensaba bien, y generalmente se hacía en la vejez (cuando también disminuía la capacidad de pecar).

En la Edad Media la vida cristiana continuó en los monasterios, y allí la situación era muy diferente. Viviendo en pequeñas comunidades aisladas se cometían continuamente muchos pecados no graves, y no se podían hacer penitencias de meses y años por cada pequeña falta... además los obispos se reunían muy raramente.

Se empezó a difundir la costumbre de confesar los pecados al abad del monasterio, que daba inmediatamente la absolución y luego asignaba la penitencia, como hacemos todavía hoy.

En este nuevo sistema nace la distinción entre culpa (eliminada por la confesión) y pena (a cumplir después de haber obtenido el perdón para reparar el pecado). Como el sistema antiguo no había sido abolido, la duración de la penitencia siempre se calculaba en días, meses y años. En los monasterios existían incluso «tarifarios» especiales (los libros penitenciales) que prescribían la duración de la penitencia para casi todos los pecados posibles.

Sin embargo, en ocasiones especiales (fiestas importantes, eventos excepcionales), un buen penitente podía obtener un «descuento de pena». A cambio de algunas buenas obras más, se les quitaban varios días, meses o años de penitencia. Esta "oferta especial" recibía el nombre de indulgencia, y a menudo era muy conveniente; por lo tanto, los buenos cristianos no la dejaban es-

capar.

Fue con motivo de una misión imposible, es decir, la reconquista de Jerusalén invadida por los árabes, que en 1096 el Papa Urbano II, considerando el altísimo riesgo de esta empresa, hizo por primera vez una oferta nunca antes vista: la condonación total de la pena a quienes partían para liberar la Ciudad Santa.

Esta fue la primera indulgencia plenaria. Desde entonces, fue cada vez más a menudo el Papa, como Vicario de Cristo y sucesor de san Pedro, quien usó «el poder de las llaves» recibido de Jesús para abrir el tesoro de las indulgencias, sustituyendo directamente el valor infinito de la Redención por los días, meses y años de las penitencias antiguas: una «oficina de cambio» muy solicitada durante buena parte de la Edad Media.

El hombre medieval tenía una relación inmediata e intuitiva con Dios: creía en su misericordia, pero temía su justicia, porque pensaba en la relación con él de una manera precisamente «medieval», es decir, como un pacto feudal entre súbdito y rey. Se ponía literalmente en Sus manos (el gesto de rezar "con las manos juntas" proviene de las ceremonias feudales) y prometía obedecer Sus leyes; a cambio recibía defensa, ayuda y protección contra las insidias del demonio.

Transgredir la ley de Dios se consideraba una afrenta gravísima al rey que, quitando su protección, exponía al transgresor a la condenación. De ahí la ansiedad por volver «en gracia de Dios», contraer un nuevo pacto feudal y así «reinstalar el antivirus» contra el demonio.

Cuando Bonifacio VIII en 1300 convocó el primer jubileo prometiendo a todos la indulgencia plenaria a cambio de solo treinta días de oración en Roma, la ciudad fue invadida por un ejército de peregrinos. Desde entonces, "indulgencia" y "jubileo" son una combinación exitosa...

En los siglos siguientes el ansia de la salvación no se calmó, lo que suscitó una profundización de la doctrina ya conocida, según la cual una obra buena puede acortar el tiempo de la penitencia. En nombre de la comunión de los santos, es decir, del vínculo que une a todos los bautizados en el único Cuerpo místico de Cristo, se dedujo que el descuento de la pena podía aplicarse a todos los cristianos, tanto vivos como difuntos.

El hambre de indulgencias se mantuvo viva durante otros siglos en el pueblo cristiano.

Fue con la salida de la economía agrícola típica de la Edad Media y

la entrada en la monetaria típica de la Edad Moderna que las indulgencias también entraron en los mercados.

La riqueza de la Edad Media estaba dada por la tierra que garantizaba el sustento y, por lo tanto, la autonomía; la riqueza de la modernidad es el dinero, que permite comprar en el mercado lo que antes se obtenía de la tierra. En la sociedad civil se empezaron a vender cargos públicos, títulos nobiliarios, magistraturas...

En la Iglesia cardenalatos, abadías, diócesis. Los comerciantes más ricos también prestaron dinero a reyes, emperadores, papas y obispos. Un obispo alemán de veintiséis años se endeudó con un gran banco para comprar una gran diócesis. Abarcó más de lo que podía y para salir de la deuda necesita conseguir dinero rápidamente. Por la misma razón, el Papa también necesita dinero: debe seguir construyendo la basílica de San Pedro. Ambos utilizan el mismo sistema: una campaña de predicación para ganar indulgencia plenaria. Solo que ahora la buena obra a realizar ya no es reconquistar Jerusalén, sino solo una modesta ofrenda en dinero. El ansia de salvación es siempre muy alta, solo que ahora entra brutalmente en la lógica del mercado, con eslóganes publicitarios: Wenn die Münze klingt, die Seele springt! ("Cuando suena la moneda, el alma salta al Paraíso").

El obispo hace predicar la indulgencia del Papa en su diócesis y retiene para sí un porcentaje sobre las ofrendas. Los ingresos son altos, favorecidos por la ambigüedad de la propuesta (hoy la llamamos "publicidad engañosa"), pero en algún momento el juego se atasca.

Un joven agustino, profesor de Sagrada Escritura que se llama Martin Luther mete el dedo en la llaga: si no hay conversión del corazón, ¡es inútil esmerarse en comprar certificados papales!

El hombre ha cambiado, y también cambia su relación con Dios: el hombre moderno ya no es súbdito de un pacto feudal, sino un individuo de conciencia atormentada, en busca de la verdad, intolerante con todas las mistificaciones. Con Dios quiere una relación sincera y libre, no quitarse el pensamiento pagando la factura. Cuando invita a sus colegas a discutirlo, el programa de la discusión se le escapa de las manos e invade toda Alemania, obteniendo un enorme éxito.

La indulgencia, de ayuda para la conversión, se convierte en sinónimo de infamia y detonante de una protesta que estalla en toda Europa; y así ha permanecido para muchas conciencias, aún hoy escandalizadas por la gravedad de lo que sucedió



Giovanni di Paolo, «Paraiso» (1445)

hace cinco siglos. Tratemos de poner orden: ¿qué dice hoy la Iglesia sobre la doctrina de las indulgencias? Comencemos por decir lo que ya no es válido: los días, meses y años de "descuento de la pena" fueron abolidos por Pablo VI en 1967. La indulgencia hoy solo puede ser parcial o plenaria, y es muy limitada en comparación con el pasado. Estas cualidades no son lo más importante: hoy se predica sobre todo la doctrina espiritual que está detrás de nosotros: la doctrina de los residuos del pecado.

Después de la confesión, el pecado es eliminado, pero queda la nostalgia del sabor del pecado. El mal mantiene su atractivo, continúa tentándonos, nos hace débiles, nos hace recaer siempre en los mismos pecados. Cualquiera que «hable en serio» con el Señor sabe bien que no se puede engañar con que basta una confesión para acabar con el pecado. Si tuviéramos fe, ciertamente sería así, pero nuestra debilidad es tal que, lamentablemente, no es suficiente. Incluso el cuerpo, después de una enfermedad grave, necesita una larga convalecencia antes de curarse por completo. El atractivo del pecado, sus residuos se convierten en un estorbo para aquellos que quieren caminar rápidamente en la voluntad de Dios.

La pena del pecado es precisamente esta larga convalecencia que nos impide correr con rapidez hacia el amor de Dios por nosotros.

La Iglesia, entonces, para ayudar a aquellos que desean sanar más rápido, indica algunas buenas obras que sin duda serán útiles para sanar antes: en realidad, siempre son las habituales. De hecho, se pide reforzar la comunión con Cristo en los sacramentos, con la fe de la Iglesia (recitación del Credo y oración por el Papa) y con los hermanos (obras de caridad). Cuando a estas obras se les asigna una indulgencia (parcial o plenaria), creemos por fe que la atracción por el pecado disminuye y, en cambio, aumenta de manera particularmente intensa la caridad y la santidad. Las escorias del pecado se eliminan y se curan más rápido que antes.

¡Por eso, hoy como ayer, un buen cristiano no deja escapar esta "oferta especial"!



Hacia el Jubileo - 3. La indulgencia jubilar

Penitenciaría Apostólica

Normas sobre la concesión de indulgencias para el Jubileo Ordinario del año 2025 por Su Santidad el Papa Francisco

“Ahora ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios” (*Spes non confundit*, 6). En la bula de convocación del Jubileo Ordinario del 2025, el Santo Padre, en el momento histórico actual en el que “la humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia” (*Spes non confundit*, 8), llama a todos los cristianos a hacerse peregrinos de esperanza. Esta es una virtud que hay que redescubrir en los signos de los tiempos, los cuales, encerrando “el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza” (*Spes non confundit*, 7), que deberá provenir sobretodo de la gracia de Dios y de la plenitud de su misericordia. Ya en la bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia del 2015, el Papa Francisco subrayó cuánto adquiriría la Indulgencia en ese contexto “una relevancia particular” (*Misericordiae Vultus*, 22), pues la misericordia de Dios “se transforma en indulgencia del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado” (*ibid.*). Análogamente hoy el Santo Padre declara que el don de la Indulgencia “permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término «misericordia» era intercambiable con el de «indulgencia», precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites” (*Spes non confundit*, 23). La Indulgencia es entonces, una gracia jubilar. Por este motivo, también con ocasión del Jubileo Ordinario del 2025, por voluntad del Sumo Pontífice, este “Tribunal de Misericordia”, a quien corresponde disponer todo lo que concierne a la concesión y al uso de la Indulgencia, pretende motivar los ánimos de los fieles para desear y alimentar el pío deseo de obtener la Indulgencia como don de gracia, propio y peculiar de cada Año Santo y establece las siguientes prescripciones, para que los fieles puedan usufructuar de las “disposiciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar” (*Spes non confundit*, 23).

Durante el Jubileo Ordinario del 2025 permanece en vigor cualquier otra concesión de Indulgencia. Todos los fieles verdaderamente arrepentidos, excluyendo todo afecto al pecado (cfr. *Enchiridion Indulgentiarum*, IV ed., norm. 20, § 1) y movidos por espíritu de caridad y que, en el curso del Año Santo, purificados a través del sacramento de la penitencia y alimentados por la Santa Comunión, oren por las intenciones del Sumo Pontífice, podrán conseguir del tesoro de la Iglesia, plenísima Indulgencia, remisión y perdón de sus pecados, pudiéndose aplicar a las almas del Purgatorio en forma de sufragio:

I.— *En las sagradas peregrinaciones*

Los fieles, peregrinos de esperanza, podrán conseguir la Indulgencia Jubilar concedida por el Santo Padre si emprenderán una pía peregrinación:

hacia cualquier lugar sagrado jubilar: participando devotamente en la Santa Misa (siempre que lo permitan las normas litúrgicas se podrá utilizar especialmente la Misa propia por el Jubileo o bien, la Misa votiva: para la reconciliación, por el perdón de los pecados, para pedir la caridad y para fomentar la concordia); en una Misa ritual para conferir los sacramentos de iniciación cristiana o la Unción de los enfermos; en la celebración de la Palabra de Dios; en la Liturgia de las Horas (oficio de lecturas, laudes, vísperas); en el *Via Crucis*; en el Rosario mariano; en el himno del *Akathistos*; en una celebración penitencial, que concluya con las confesión individual de los penitentes, como está establecido en el rito de la Penitencia (forma II);

en Roma: en al menos una de las cuatro Basílicas Papales Mayores: de San Pedro en el Vaticano, del Santísimo Salvador en el Laterano, de Santa María la Mayor, de San Pablo Extramuros;

en Tierra Santa: en al menos una de las tres Basílicas: del Santo Sepulcro en Jerusalén, de la Natividad en Belén, de la Anunciación en Nazaret;

en otras circunscripciones eclesíásticas: en la iglesia catedral u otras iglesias y lugares sagrados designados por el Ordinario del lugar. Los Obispos tendrán en cuenta las necesidades de los fieles, así como la oportunidad misma para mantener intacto

el significado de la peregrinación con toda su fuerza simbólica, capaz de manifestar la necesidad apremiante de conversión y de reconciliación;

II.— *En las pías visitas a los lugares sagrados*

También, los fieles podrán conseguir la Indulgencia jubilar si, individualmente o en grupo, visitarán devotamente cualquier lugar jubilar y ahí, durante un período de tiempo adecuado, realizarán adoración eucarística y meditación, concluyendo con el Padre Nuestro, la Profesión de Fe en cualquier forma legítima e invocaciones a María, Madre de Dios, para que en este Año Santo todos “puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos” (*Spes non confundit*, 24).

Con la especial ocasión del Año jubilar, se podrán visitar también, además de los insignes lugares de peregrinación anteriormente dichos, estos otros lugares sagrados con las mismas condiciones:

en Roma: la Basílica de la Santa Cruz en Jerusalén, la Basílica de San Lorenzo al Verano, la Basílica de San Sebastián (se recomienda vivamente la devota visita llamada “de las siete Iglesias”, tan querida por San Felipe Neri), el Santuario del Divino Amor, la Iglesia de Santo Spirito in Sassia, la Iglesia de San Pablo alle Tre Fontane, lugar del Martirio del Apóstol, las Catacumbas cristianas; las iglesias de los caminos jublares dedicadas respectivamente al *Iter Europaeum* y las iglesias dedicadas a las Mujeres Patronas de Europa y Doctoras de la Iglesia (Basílica de Santa María sopra Minerva, Iglesia de Santa Brígida en Campo de’ Fiori, Iglesia de Santa María della Vittoria, Iglesia de Trinità dei Monti, Basílica de Santa Cecilia en Trastevere, Basílica de San Agustín en Campo Marzio);

en otros lugares del mundo: las dos Basílicas Papales menores de Asís: de San Francisco y de Santa María de los Ángeles; las Basílicas Pontificias de la Virgen de Loreto, de la Virgen de Pompeya, de San Antonio de Padua; cualquier Basílica menor, iglesia catedral, iglesia concatedral, santuario mariano, así como, para utilidad de los fieles, cualquier insigne iglesia colegiada

o santuario designado por cada Obispo diocesano o eparquial, como también santuarios nacionales o internacionales, “lugares santos de acogida y espacios privilegiados para generar esperanza” (*Spes non confundit*, 24), indicados por las Conferencias Episcopales.

Los fieles verdaderamente arrepentidos que no podrán participar en las solemnes celebraciones, en las peregrinaciones y en las pías visitas por graves motivos (especialmente todas las monjas y los monjes de clausura, los ancianos, los enfermos, los reclusos, como también aquellos que, en hospitales o en otros lugares de cuidados, prestan servicio continuo a los enfermos), conseguirán la *Indulgencia jubilar*, con las mismas condiciones si, unidos en espíritu a los fieles en presencia, particularmente en los momentos en los cuales las palabras del Sumo Pontífice o de los Obispos diocesanos sean trasmitidas a través de los medios de comunicación, recitarán en la propia casa o ahí donde el impedimento les permita (p. ej. en la capilla del monasterio, del hospital, de la casa de cuidados, de la cárcel...) el Padre Nuestro, la Profesión de Fe en cualquier forma legítima y otras oraciones conforme a las finalidades del Año Santo, ofreciendo sus sufrimientos o dificultades de la propia vida;

III.— *En las obras de misericordia y de penitencia*

Además, los fieles podrán conseguir la *Indulgencia jubilar* si, con ánimo devoto, participarán en las Misiones populares, en ejercicios espirituales u otros encuentros de formación sobre los textos del *Concilio Vaticano II* y del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que se realicen en una iglesia u otro lugar adecuado, según la intención del Santo Padre.

No obstante la norma según la cual se puede conseguir solo una Indulgencia plenaria al día (cfr. *Enchiridion Indulgentiarum*, IV ed., norm. 18, § 1), los fieles que habrán emitido el acto de caridad en favor de las almas del Purgatorio, si se acercan legítimamente al sacramento de la Comunión una segunda vez en el mismo día, podrán conseguir dos veces en el mismo día la Indulgencia plenaria, aplicable solo a los difuntos (se entiende al interno de una celebración Euca-

Confesiones durante el Jubileo proclamado en San Francisco

rística; cfr. can 917 y Pontificia Comisión para la interpretación auténtica del CIC, *Responsa ad dubia*, 1, 11 jul. 1984). A través de esta doble oblación, se realiza un laudable ejercicio de caridad sobrenatural, por el vínculo mediante el cual están unidos en el Cuerpo místico de Cristo los fieles que aun peregrinan en la tierra, junto con aquellos que ya han terminado su camino, pues “la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia” (*Spes non confundit*, 22).

Pero, de manera más peculiar, precisamente “en el Año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria” (*Spes non confundit*, 10): por lo tanto, la Indulgencia está unida también a las obras de misericordia y de penitencia, con las cuales se testimonia la conversión emprendida. Los fieles, siguiendo el ejemplo y el mandato de Cristo, sean estimulados a realizar más frecuentemente obras de caridad o misericordia, principalmente al servicio de aquellos hermanos que se encuentran agobiados por diversas necesidades. Redescubran más precisamente “las obras de *misericordia corporales*: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos” (*Misericordiae vultus*, 15) y redescubran asimismo “las obras de *misericordia espirituales*: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos” (*ibid.*).

Del mismo modo, los fieles podrán conseguir la Indulgencia jubilar si se dirigirán a visitar por un tiempo adecuado a los hermanos que se encuentran en necesidad o en dificultad (enfermos, encarcelados, ancianos en soledad, personas con capacidades diferentes...), como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos (cfr. Mt 25, 34–36) y siguiendo las habituales condiciones espirituales, sacramentales y de oración. Los fieles, sin duda, podrán repetir tales visitas



El Papa confiesa a una feligresa en la parroquia de Santa Maria delle Grazie (17 de marzo de 2023)

en el curso del Año Santo, obteniendo en cada una de ellas la Indulgencia plenaria, incluso cotidianamente.

La Indulgencia plenaria jubilar podrá ser conseguida también mediante iniciativas que ayuden en modo concreto y generoso al espíritu penitencial que es como el alma del Jubileo, redescubriendo en particular el valor penitencial del viernes: absteniéndose, en espíritu de penitencia, al menos durante un día de distracciones banales (reales y también virtuales, inducidas, por ejemplo, por los medios de comunicación y por las redes sociales) y de consumos superfluos (por ejemplo ayunando o practicando la abstinencia según las normas generales de la Iglesia y las especificaciones de los Obispos), así como otorgando una proporcionada suma de dinero a los pobres; sosteniendo obras de carácter religioso o social, especialmente en favor de la defensa y protección de la vida en cada etapa y de la calidad de la misma, de la infancia abandonada, de la juventud en dificultad, de los ancianos necesitados o solos, de los migrantes de diversos Países “que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias” (*Spes non confundit*, 13); dedicando una adecuada parte del propio tiempo libre a actividades de voluntariado, que sean de interés para la comunidad u otras formas similares de compromiso personal. Todos los Obispos diocesanos o eparquiales y aquellos que en el derecho son equiparables a ellos, en el día más oportuno de este tiempo jubilar, en ocasión de la principal celebración en la catedral y en cada una de las iglesias jubilares, podrán impartir la *Bendición Papal* con anexa Indulgencia plenaria, conseguible por todos los fieles que reciban tal *Bendición* con las habituales condiciones.

Para que sea pastoralmente facilita-

do el acceso al sacramento de la Penitencia y conseguir el perdón divino a través del poder de las Llaves, los Ordinarios locales están invitados a conceder a los canónigos y a los sacerdotes, que en las Catedrales y en las Iglesias designadas para el Año Santo podrán escuchar las confesiones de los fieles, las facultades limitadamente al foro interno, de las cuales, para los fieles de las Iglesias orientales, en el can. 728, § 2 del CCEO, y en el caso de una eventual reserva, aquellas para el can. 727, excluyendo, como es evidente, los casos considerados en el can. 728, § 1; mientras que, para los fieles de la Iglesia latina, las facultades referidas en el can. 508, § 1 del CIC.

En este sentido, esta Penitenciaría exhorta a todos los sacerdotes a ofrecer con generosa disponibilidad y dedicación de sí, la más amplia posibilidad a los fieles de aprovechar los medios de la salvación, asumiendo y publicando horarios para las confesiones, en acuerdo con los párrocos o rectores de las iglesias vecinas, encontrándose en el confesionario, programando celebraciones penitenciales con fechas fijas y frecuentes, ofreciendo también la más amplia disponibilidad de sacerdotes que, por alcanzar el límite de edad, no tienen encargos pastorales definidos. Además, según las posibilidades se recuerde, en conformidad con el *Motu proprio Misericordia Dei*, la oportunidad pastoral de escuchar las Confesiones también durante la celebración de la Santa Misa.

Para agilizar la tarea de los confesores, la Penitenciaría Apostólica, por mandato del Santo Padre, dispone que los sacerdotes que acompañarán o se unirán a peregrinaciones jubilares fuera de la propia Diócesis, puedan valerse de las mismas facultades de las cuales fueron provistos en la propia Diócesis por la legítima autoridad. Es-

peciales facultades serán después conferidas por esta Penitenciaría Apostólica a los penitenciaros de las basílicas papales romanas, a los canónigos penitenciaros o a los penitenciaros diocesanos instituidos en cada circunscripción eclesial.

Los confesores, después de haber instruido a los fieles sobre la gravedad de los pecados a los cuales viene anexa una reserva o una censura, determinarán, con caridad pastoral, apropiadas penitencias sacramentales, tales que les conduzcan lo más posible a un arrepentimiento estable y, según la naturaleza de los casos, invitarán a la reparación de eventuales escándalos y daños.

Finalmente, la Penitenciaría invita vivamente a los Obispos, en cuanto detentores del triple *munus* de enseñar, de guiar y de santificar, a cuidar la exposición clara de las disposiciones y principios aquí propuestos para la santificación de los fieles, teniendo en cuenta de modo especial las circunstancias del lugar, de la cultura y de las tradiciones. Una catequesis adecuada a las características socio-culturales de cada pueblo, podrá proponer de manera eficaz el Evangelio y la totalidad del mensaje cristiano, radicando más profundamente en los corazones el deseo de este don único, obtenido en virtud de la mediación de la Iglesia.

El presente Decreto tiene validez durante todo el Jubileo Ordinario del 2025, independientemente de cualquier disposición en contrario.

Dado en Roma, en la sede de la Penitenciaría Apostólica, el 13 de mayo de 2024, Memoria de la Beata Virgen María de Fátima.

ANGELO CARD. DE DONATIS
Penitenciario Mayor

S.E. MONS. KRZYSZTOF NYKIEL
Regente

IV Jornada Mundial de los Abuelos y de las Personas Mayores

Mensaje de Francisco

No a la triste “conspiración social” que produce abandono y aislamiento

Un firme no a la “triste conspiración social” que produce abandono y aislamiento “cuando avanza la edad” ha reiterado el Papa Francisco en su mensaje, hecho público el martes 14 de mayo, para la IV Jornada Mundial de los Abuelos y de las Personas Mayores prevista para el próximo 28 de julio, sobre el tema “En la vejez no me abandones” (cf. Sal 71,9). Publicamos, a continuación, el texto del documento papal.

“En la vejez no me abandones”
(cf. Sal 71,9)

Queridos hermanos y hermanas:
Dios nunca abandona a sus hijos. Ni siquiera cuando la edad avanza y las fuerzas flaquean, cuando aparecen las canas y el estatus social decae, cuando la vida se vuelve menos productiva y corre el peligro de parecerse inútil. Él no se fija en las apariencias (cf. 1 S 16,7) y no desdén a aquellos que para muchos resultan irrelevantes. No descarta ninguna piedra, al contrario, las más “viejas” son la base segura sobre las que se pueden apoyar las piedras “nuevas” para construir todas juntas el edificio espiritual (cf. 1 P 2,5).

La Sagrada Escritura, en su conjunto, es una narración del amor fiel del Señor, del que emerge una certeza consoladora: Dios sigue mostrándonos su misericordia, siempre, en cada etapa de la vida, y en cualquier condición en la que nos encontremos, incluso en nuestras traiciones. Los salmos están llenos del asombro del corazón humano frente a Dios, que nos cuida a pesar de nuestra pequeñez (cf. Sal 144,3-4); nos aseguran que Dios nos ha plasmado en el seno materno (cf. Sal 139,13) y que no entregará nuestra vida a la muerte (cf. Sal 16,10). Por tanto, podemos tener la certeza de que también estará cerca de nosotros durante la ancianidad, tanto más porque en la Biblia envejecer es signo de bendición.

Y, sin embargo, en los salmos encontramos además esta sentida súplica al Señor: «No me rechaces en el tiempo de mi vejez» (Sal 71,9). Una expresión fuerte, muy cruda. Nos lleva a pensar en el sufrimiento extremo de Jesús que exclamó en la cruz: «Dios mío,



Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46).

En la Biblia, pues, hallamos la certeza de la cercanía de Dios en cada etapa de la vida y, al mismo tiempo, encontramos el miedo al abandono, particularmente en la vejez y en el momento del dolor. No se trata de una contradicción. Mirando a nuestro alrededor no nos resulta difícil comprobar cómo esas expresiones reflejan una realidad más que evidente. Con mucha frecuencia la soledad es la amarga compañera de la vida de los que como nosotros son mayores y abuelos. Siendo obispo de Buenos Aires, muchas veces tuve ocasión de visitar residencias de ancianos y me di cuenta de las pocas visitas que recibían esas personas; algunos no veían a sus seres queridos desde hacía muchos meses.

Las causas de esa soledad son múltiples. En muchos países, sobre todo en los más pobres, los ancianos están solos porque sus hijos se han visto obligados a emi-

grar. Pienso también en las numerosas situaciones de conflicto; cuántos ancianos se quedan solos porque los hombres —jóvenes y adultos— han sido llamados a combatir y las mujeres, sobre todo las madres con niños pequeños, dejan el país para dar seguridad a los hijos. En las ciudades y en los pueblos devastados por la guerra, muchas personas mayores se quedan solas, como únicos signos de vida en zonas donde parece reinar el abandono y la muerte. En otras partes del mundo, además, existe una falsa creencia, muy enraizada en algunas culturas locales, que genera hostilidad respecto a los ancianos, acusados de recurrir a la brujería para quitar energías vitales a los jóvenes; de modo que, en caso de que una muerte prematura, una enfermedad o una suerte adversa afecte a un joven, la culpa recae sobre algún anciano. Esta mentalidad se debe combatir y erradicar. Es uno de esos prejuicios infundados, de los que la fe cristiana nos ha liberado, que ali-

menta persistentes conflictos generacionales entre jóvenes y ancianos.

Si lo pensamos bien, esta acusación dirigida a los mayores de “robar el futuro a los jóvenes” está muy presente hoy en todas partes. Esta también se encuentra, bajo otras formas, en las sociedades más avanzadas y modernas. Por ejemplo, hoy en día está muy extendida la creencia de que los ancianos hacen pesar sobre los jóvenes el costo de la asistencia que ellos requieren, y de esta manera quitan recursos al desarrollo del país y, por ende, a los jóvenes. Se trata de una percepción distorsionada de la realidad. Es como si la supervivencia de los ancianos pusiera en peligro la de los jóvenes. Como si para favorecer a los jóvenes fuera necesario descuidar a los ancianos o, incluso, eliminarlos. La contraposición entre las generaciones es un engaño y un fruto envenenado de la cultura de la confrontación. Poner a los jóvenes en contra de los ancianos es una

social” amiento

manipulación inaceptable; «está en juego la unidad de las edades de la vida, es decir, el real punto de referencia para la comprensión y el aprecio de la vida humana en su totalidad» (*Catequesis* 23 febrero 2022).

El salmo citado anteriormente —en el que se suplica no ser abandonados en la vejez— habla de una conspiración que ciñe la vida de los ancianos. Parecen palabras excesivas, pero comprensibles si se considera que la soledad y el descarte de los mayores no son casuales ni inevitables, son más bien fruto de decisiones —políticas, económicas, sociales y personales— que no reconocen la dignidad infinita de toda persona «más allá de toda circunstancia y en cualquier estado o situación en que se encuentre» (*Decl. Dignitas infinita*, 1). Esto sucede cuando se pierde el valor de cada uno y las personas se convierten en una mera carga onerosa, en algunos casos demasiado elevada. Lo peor es que, a menudo, los mismos ancianos terminan por someterse a esta mentalidad y llegan a considerarse como un peso, deseando ser los primeros en hacerse a un lado.

Por otra parte, hoy son muchas las mujeres y los hombres que buscan la propia realización personal llevando una existencia lo más autónoma y desligada de los demás que sea posible. Las pertenencias comunes están en crisis y se afirman las individualidades; el pasaje del “nosotros” al “yo” se muestra como uno de los signos más evidentes de nuestro tiempo. La familia, que es la primera y la más radical oposición a la idea de que podemos salvarnos solos, es una de las víctimas de esta cultura individualista. Pero cuando se envejece, a medida que las fuerzas disminuyen, el espejismo del individualismo, la ilusión de no necesitar a nadie y de poder vivir sin vínculos se revela tal cual es: uno se encuentra en cambio teniendo necesidad de todo, pero ya solo, sin ninguna ayuda, sin tener a alguien con quien poder contar. Es un triste descubrimiento que muchos hacen cuando ya es demasiado tarde.

La soledad y el descarte se han vuelto elementos recurrentes en el contexto en el que estamos inmersos. Estos tienen múltiples raíces:



en algunos casos son el fruto de una exclusión programada, una especie de triste “complot social”; en otros casos se trata lamentablemente de una decisión propia. Otras veces también se los sufre fingiendo que se trate de una elección autónoma. Estamos perdiendo cada vez más «el sabor de la fraternidad» (*Carta enc. Fratelli tutti*, 33) e incluso nos cuesta imaginar algo diferente.

En muchos ancianos podemos advertir ese sentimiento de resignación del que habla el libro de Rut, cuando relata que la anciana Noemí —después de la muerte del marido y de los hijos— invitó a sus nueras, Orpá y Rut, a regresar a sus países de origen y a sus casas (cf. *Rut* 1,8). Noemí —como tantos ancianos de hoy— teme quedarse sola, pero no consigue imaginar algo distinto. Como viuda, es consciente de valer poco ante la sociedad y está convencida de ser un peso para esas dos jóvenes que, al contrario de ella, tienen toda la vida por delante. Por eso

piensa que sea mejor hacerse a un lado y ella misma invita a las jóvenes nueras a dejarla y a construir su futuro en otros lugares (cf. *Rut* 1,11-13). Sus palabras son un concentrado de convenciones sociales y religiosas que parecen inmutables y que marcan su destino.

El relato bíblico nos presenta en este momento dos opiniones diferentes frente a la invitación de Noemí y, por tanto, frente a la vejez. Una de las dos nueras, Orpá, que le tiene cariño a Noemí, con un gesto afectuoso la besa, pero acepta lo que ella también cree que es la única solución posible y sigue su propio camino. Rut, en cambio, no se separa de Noemí y le dirige palabras sorprendentes: «No insistas en que te abandone» (*Rut* 1,16). No tiene miedo de desafiar las costumbres y la opinión común, siente que esa mujer anciana la necesita y, con valentía, permanece a su lado, dando inicio a una nueva travesía para ambas. A todos nosotros —acostumbrados

a la idea de que la soledad es un destino inevitable— Rut nos enseña que a la súplica “¡no me abandones!” es posible responder “¡no te abandonaré!”. No duda en trastocar lo que parece una realidad inmutable, ¡vivir solos no puede ser la única alternativa! No es casualidad que Rut —la que se quedó acompañando a la anciana Noemí— sea un antepasado del Mesías (cf. *Mt* 1,5), de Jesús, el Emanuel, Aquel que es “Dios con nosotros”, Aquel que lleva la cercanía y la proximidad de Dios a todos los hombres, de todas las condiciones y de todas las edades.

La libertad y la valentía de Rut nos invitan a recorrer un camino nuevo. Sigamos sus pasos, hagamos el viaje junto a esta joven mujer extranjera y a la anciana Noemí, no tengamos miedo de cambiar nuestras costumbres y de imaginar un futuro distinto para nuestros ancianos. Nuestro agradecimiento se dirige a todas esas personas que, aun con muchos sacrificios, han seguido efectivamente el ejemplo de Rut y se están ocupando de un anciano, o sencillamente muestran cada día su cercanía a parientes o conocidos que no tienen a nadie. Rut eligió estar cerca de Noemí y fue bendecida con un matrimonio feliz, una descendencia y una tierra. Esto vale siempre y para todos: estando cerca de los ancianos, reconociendo el papel insustituible que estos tienen en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, también nosotros recibiremos muchos dones, muchas gracias, muchas bendiciones.

En esta IV Jornada Mundial dedicada a ellos, no dejemos de mostrar nuestra ternura a los abuelos y a los mayores de nuestras familias, visitemos a los que están desanimados o que ya no esperan que un futuro distinto sea posible. A la actitud egoísta que lleva al descarte y a la soledad contraponemos el corazón abierto y el rostro alegre de quien tiene la valentía de decir “¡no te abandonaré!” y de emprender un camino diferente.

A todos ustedes, queridos abuelos y mayores, y a cuantos los acompañan, llegue mi bendición junto con mi oración.

También a ustedes les pido, por favor, que no se olviden de rezar por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 25 de abril de 2024

FRANCISCO

En el marco del Encuentro Mundial sobre la Fraternidad

El diálogo de Francisco con los pequeños participantes en una de las mesas

El futuro de la humanidad está entre los niños y los a

«¿Qué es para vosotros la felicidad?»: esta es la pregunta con la que el Papa Francisco introdujo en la tarde del sábado 11 de mayo, en el Aula nueva del Sínodo en el Vaticano, una conversación articulada con los participantes en la «Mesa de los niños», uno de los 12 temas sobre otros tantos «por un mundo humano y de paz» promovidos por la Fundación «Fratelli tutti» en el ámbito del Encuentro mundial sobre la Fraternidad humana, que en esta segunda edición tenía como tema «#BeHuman». «Niños: generación futura» es el título del encuentro con los más pequeños, durante el cual el Papa dialogó improvisadamente con los presentes. Publicamos, a continuación, una transcripción de las palabras de los participantes.

Papa Francisco

¡Hola, chicos y chicas.

Gracias a todos por haber venido.

También doy las gracias al comandante [Aldo Cagnoli] que ha empezado esto: ha hecho un buen despegue, ¡enhorabuena! Y ahora haré una pregunta, veamos quién es el más valiente en responder. ¿QUÉ ES LA FELICIDAD? ¡Tú, vamos, fuerte!... Está pensando. – Dímelo tú.

Niño

¡Te quiero!

Niña

Para mí, la felicidad en el mundo es estar todos unidos, ser una sola familia, la familia de Dios.

Niño

Para mí, la felicidad en el mundo es la paz.

Papa Francisco

¡Ah! Otro que quiere decir... que algún valiente levante la mano...



Niña

Te quiero, Papa

Papa Francisco

Pero, ¿cómo se hace, la felicidad? ¿Dónde se compra, cómo se hace? – Venga.

Niño

Haciendo las paces.

Papa Francisco

Haciendo las paces. Pero hice una pregunta: ¿dónde se compra la felicidad?

Niña

Es una emoción que se siente cuando sientes algo que te gusta.

Papa Francisco

Algo que guste, está bien...

Niño

La felicidad no se compra: viene precisamente de nosotros.

Papa Francisco

¡Bravo, bravo!

Él dio una buena respuesta: yo pregunté dónde se compra la felicidad, y él dijo «la felicidad no se compra».

¿Es cierto, Laura?

Niños

¡Sí!

Papa Francisco

Pero si la felicidad no se compra, ¿cómo puedo ser feliz?

Niño

Todo el mundo está haciendo muy bien.

Papa Francisco

Bien: cuando todo el mundo está bien, es una parte más.

Niño

Como un regalo dulce, algo...

Papa Francisco

Vale. ¿Otra respuesta? Hay muchas maneras...

Niña

Cuando hacemos las paces.

Papa Francisco

Cuando hacemos las paces, somos felices. Adelante

Niño

Con las letras.

Papa Francisco

Ah, esto es bueno. Y dime una cosa, tú: si uno insulta a otro, ¿puede ser feliz?

Niño

No.

Papa Francisco

Os pregunto a todos: si uno insulta a otro, ¿puede ser feliz?

Niños

¡No!

Niño

Solo estar juntos.

Papa Francisco

Estando juntos: esto es cierto, porque ser amigos, jugar juntos, estudiar juntos nos da la felicidad de la comunidad.

Niño

Al estar en contacto con Dios.

Papa Francisco

Bien. No te olvides de cepillarte los dientes. Escuchemos esto: él ha dicho una cosa, que podemos ser felices estando en contacto con Dios. Estaba pensando en si era verdad o no.

Niños

¡Sí!

Papa Francisco

¿Estás segura de esto?

Niños

¡Sí!

Papa Francisco

Ahora voy a hacer una pregunta muy difícil, escuchad bien: ¿cómo se puede estar en contacto con Dios? Tú, vamos, sí, tú...

Niño

Cada día.

Papa Francisco

Cada día. Te pregunto a ti y a otra, aquí...

Niña

Amando

Papa Francisco

Amando. Y discutiendo entre nosotros, ¿seremos felices?

Niños

¡No!

Papa Francisco

¿Es cierto? Y una pregunta: hoy habéis oído que hay tanta guerra en el mundo, en la guerra, ¿hay felicidad?

Niños

¡No!

Papa Francisco

¿Dónde está la felicidad?

Niños

En la paz.

Papa Francisco

No he escuchado bien...

Niños

¡En la paz!

Papa Francisco

Muy bien, muy bien...

Niña

También se puede encontrar la paz rezando para que termine la guerra.

Papa Francisco

Rezando para que acabe la guerra. Sabéis que hay niños que están en guerra, ¿sabéis esto?

Niños

¡Sí!

Papa Francisco

Esos niños, a veces, no tienen qué comer, tienen miedo a las bombas, a las cosas feas... Pero si un niño está en este lado de la guerra, y otro en este otro lado de la guerra –escuchad la pregunta– ¿son enemigos?

Niños

¡No!

Papa Francisco

Esta es la pregunta difícil: ¿por qué no son enemigos?

Niños

Porque no es culpa de ellos que haya guerra.

Papa Francisco

No es su culpa que haya guerra.

Niño

Porque todos son una familia.

Papa Francisco

Todos los niños son una familia.

Vale. ¿Y tú? Fuerte

Niño



as de trabajo

en el encuentro abuelos



Para no hacer la guerra debes compartir la paz con amor...

Papa Francisco

A través del amor. Vale.

Presentador

Santo Padre, tenemos un niño que ha escrito una pregunta: ¿puedo?

Papa Francisco

Adelante

Niño

Quisiera pedirte que hagas una oración por mi abuela.

Papa Francisco

Ella ha pedido –o él, no lo veo bien– él ha pedido una oración por la abuela. Hago una pregunta: ¿tenéis abuelos?

Niños

¡Sí!

Papa Francisco

¿Tenéis una abuela y un abuelo?

Niños

Sí/No

Papa Francisco

Ahora hagamos una cosa: todos juntos, en silencio, recemos un Ave María por los abuelos. ¿De acuerdo? [...] ¡Vivan los abuelos!

Presentador

¿Hay otras preguntas escritas, que habéis preparado? – Espera, tú...

Niño

¿Cómo se hacen amigos?

Papa Francisco

En primer lugar, pensar bien de los demás. ¿Cómo es lo primero para ser amigos? [todos: "Pensar bien de los demás"]. Si uno piensa mal del otro, ¿podrá ser amigo?

Niños

¡No!

Papa Francisco

No está bien. En serio. Muchas gracias por esto. No quiero aburriros con las preguntas. Gracias por hacer esto. Ánimo y adelante. Todos juntos decimos: ¡ánimo y adelante!

Niños

¡Ánimo y adelante!

Papa Francisco

No escucho

Niños

¡Ánimo y adelante!

Papa Francisco

Gracias muchas gracias.

Presentador

Santo Padre, una última pregunta: ¿por qué los niños? ¿Por qué precisamente este Día? Hay muchos temas de actualidad, ¿por qué usted ha insistido tanto en querer el Día Mundial del Niño? ¿Por qué? ¿Cómo le nace esta cosa?

Papa Francisco

Uno piensa que el futuro de la humanidad está en las personas adultas

que pueden hacer esto, aquello, aquello... Pero no es así. El futuro de la humanidad está en las dos puntas: está en los niños y en los ancianos. Cuando se reúnen los niños con los abuelos. Y esto es algo bellissimo, y nosotros tenemos que cuidar a los viejos, a los abuelos y a los niños. Y este será el futuro, porque los abuelos nos dan sabiduría, y los niños aprenden la sabiduría de los abuelos. Los abuelos tienen todo un pasado que nos da tanto, los niños tienen un futuro que recibe del pasado. Y por eso creo que es muy importante ayudar a los niños a crecer, a desarrollarse.

Bueno, regresemos a lo otro. Una vez, yo leía a un escritor espiritual que decía que él quería estar en los brazos de Dios como un niño en los brazos de su madre. Yo estoy mirando a este niño: este niño no se defiende, este niño duerme, este niño está seguro por-



que está en los brazos de su madre. Nosotros, con Dios, debemos ser así: seguros en los brazos de Dios como un niño en los brazos de su madre.

Veamos si entendemos: nosotros, ¿cómo debemos estar con Dios?

Niños

Como un niño en los brazos de su madre.

Papa Francisco

No he entendido bien

Niños

Como un niño en los brazos de su madre.

Papa Francisco

No lo olvidéis. Con Dios, ser como

un niño en brazos de mamá. Y miren a este niño, qué guapo: duerme, seguro, sin ansiedad, porque tiene seguridad. Miradlo bien ¡Un aplauso para este niño!

Y muchas gracias por todo esto; gracias a todos vosotros, gracias al Comandante. Y ahora esperamos que nos lleve a un buen aterrizaje y así podamos seguir. Gracias.

[Firma de la "Declaración de la fraternidad de los niños"]

Ahora podemos terminar y les doy la bendición a todos.

Bendición

Gracias y adiós.

Listos para ser amigos de todos

Muchos niños y niñas, con el bullicio y la vivacidad típicos de su edad, han acogido al Papa Francisco entonando una canción sobre la fraternidad, acompañada por el aplauso. En este clima de fiesta, el Pontífice inició un diálogo con ellos, marcado por preguntas y respuestas, el sábado por la tarde, 11 de mayo, en el Aula nueva del Sínodo, durante la mesa redonda sobre el tema «Niños: generación futura».

Se trató de una de las iniciativas de «# BeHuman», el segundo World Meeting on Human Fraternity organizado por la Fundación «Fratelli tutti», que tuvo lugar el sábado 11 y el domingo 12 de mayo en Roma y en el Vaticano.

Fue una de las doce mesas temáticas programadas, donde una treintena de premios Nobel de la Paz junto con científicos, economistas, médicos, directivos, trabajadores, campeones del deporte y simples ciudadanos de diversas partes del mundo dialogaron sobre la fraternidad humana en los diversos contextos sociales.

Dirigiéndose al Pontífice, Aldo Cagnoli -coordinador junto con el padre Enzo Fortunato de la Jornada Mundial de los Niños que tendrá lugar el 25 y 26 de mayo- señaló que «esta mesa es el resultado de una gran intuición suya, la de instituir la primera Jornada Mundial de los Niños, nacida de la idea de escuchar a los últimos, y entre estas categorías lamentablemente también están los niños». Cagnoli destacó, por lo tanto, que «hoy estamos plantando semillas que, una vez germinadas, ayudarán a crear una conciencia colectiva mejor que la que hemos demostrado los adultos». Por su parte, el cardenal Mauro Gambetti, arcipreste de la basílica de San Pedro y presidente de la Fundación «Fratelli tutti», subrayó que se ha querido redescubrir «el corazón de ni-

ño dentro de cada uno de nosotros para contribuir como adultos a una sociedad donde la amistad sea la maestra, y no la guerra y los conflictos».

Entre otros, intervinieron Jody Williams, premio Nobel de la Paz y acompañante de los niños de la Fundación City of Peace for Children, y Mariella Enoc, ex presidenta del hospital pediátrico Bambino Gesù, que presentó a Francesco un proyecto en fase de realización para crear una red de atención a disposición de los niños de todo el mundo, gracias a un sistema de telemedicina. Por lo tanto, Marco Impagliazzo, presidente de la Comunidad de Sant'Egidio, ha hecho un llamamiento a no acostumbrarse a la guerra y al sufrimiento de tantos pequeños, primeras víctimas de los conflictos.

Posteriormente, el padre Fortunato presentó al Pontífice el libro del Evangelio del beato don Pino Puglisi, el mismo encontrado intacto en su tumba. Este es, añadió el fraile menor conventual, «el signo que nos recuerda que si estamos impregnados del Evangelio podremos cambiar el mundo».

Momento final la lectura de la Declaración de la Fraternidad, preparada con la contribución de los niños de todo el mundo, como se lee en el texto. El Papa también puso su firma en el documento, en el que los pequeños se dirigen a los adultos escribiendo, entre otras cosas: «Muéstranos que realmente sois "hermanos de todos", sin distinción de nacimiento, condiciones económicas, creencias religiosas, educación o etnia. Estamos dispuestos a ser amigos de todos, todos, todos, así como Jesús -que es el Amigo más especial- nos enseñó. Ayudarnos a realizar nuestros sueños en un mundo mejor, donde tengamos la posibilidad de un futuro, sin que el futuro destruya poco a poco todos nuestros sueños».

Presentada la Jornada Mundial de los Niños

“Los pequeños en el centro”

Los días 25 y 26 de mayo se celebrará en Roma el gran evento internacional con niños de todo el mundo. En el Estadio Olímpico, una procesión de niños vestidos con trajes tradicionales, en representación de 101 naciones, llevará un mensaje de paz. Por la tarde llegará el Papa y responderá a sus preguntas. El domingo, en la plaza de San Pedro, la Misa será presidida por el Pontífice. En conclusión, un monólogo de Benigni. Un gran encuentro eclesial cuyos protagonistas son los pequeños y que reaviva en todos la esperanza en el futuro para la Iglesia y para la sociedad humana. Así, el cardenal José Tolentino de Mendonça, Prefecto del Dicasterio para la cultura y la educación, subrayó el valor de la Jornada Mundial del Niño, que se celebrará en Roma los días 25 y 26 de mayo. Al presentarlo a los periodistas este 16 de mayo, en la Oficina de Prensa de la Santa Sede, el cardenal recordó que los valores de libertad, respeto mutuo y solidaridad se pueden transmitir y vivir desde una edad temprana. En este sentido, la Jornada quiere ofrecer un signo de comunión y una "profecía" de unidad y paz.

Iniciativas en las distintas Iglesias locales

El cardenal explicó que durante los dos días muchos grupos, asociaciones y personas se reunirán en Roma; pero el evento incluye también iniciativas a nivel diocesano, dejadas a la creatividad de las distintas Iglesias locales. La intención es involucrar a toda la comunidad eclesial, para que el encuentro constituya una invitación a todos a ser como niños para captar las innovaciones suscitadas por el Espíritu. Posteriormente, el padre Enzo Fortunato, coordinador de la Jornada, subrayó el "alcance global" del evento, que representa un "contrapunto de esperanza" y "una señal para los caudillos". Queremos mirar el mundo a través de los ojos de los niños, que son la esperanza del pueblo, su futuro". La sencillez de su corazón, observó, "es un don

de Dios y, para quien sabe acogerlo, la posibilidad de la paz". Es, esencialmente, una respuesta a la triste situación de muchos niños que son explotados, heridos, hechos sufrir, sin comida ni agua, adoctrinados en la violencia, a quienes no se les da pan, sino un arma, no la palabra de amor, sino odiar.

El programa

A continuación, el franciscano conventual explicó el programa del encuentro. En la mañana del primer día se inaugurará la Aldea Infantil y posteriormente el Estadio Olímpico. Carlo Conti encabezará el evento, que comenzará con una procesión de niños vestidos con trajes tradicionales, en representación de 101 naciones, para llevar su mensaje de paz. Seguirá el saludo del cardenal de Mendonça y la interpretación del



himno del evento, preparado por el maestro Marco Frisina e interpretado por el coro Zecchino d'Oro y los corales de la Galassia dell'Antoniano, para un total de aproximadamente 1.500 niños cantantes. Luego actuarán algunos pequeños y "grandes" artistas como Renato Zero, Al



Bano, Orietta Berti, Carolina Benavenga. A esto le seguirán espectáculos, cantos, reflexiones, así como reflexiones y testimonios espirituales. Intervendrán, entre otros, Catherine Russell, directora ejecutiva de Unicef, Lino Banfi, el director Matteo Garrone y el protagonista de su últi-

ma película "Io Capitano", el senegalés Seydou Sarr. San Egidio, destacó el tema de la paz, que surgió a través de dibujos, cartas y obras creadas por los propios niños, que repiten insistentemente el mensaje de que sólo el Papa Francisco puede ayudar a la humanidad a reconciliarse consigo misma. Impagliazzo explicó luego que muchos de los niños presentes llegaron a Italia a través de corredores humanitarios. Algunos de ellos proceden de la República Democrática del Congo, otros de Afganistán y otros de Siria. Entre ellos hay niños de 7 a 11 años que nunca han ido a la escuela porque nacieron en un campo de refugiados, en Uganda, Kenia, Líbano o Etiopía; pero también ucranianos que desde el comienzo de la guerra son huéspedes de familias de San Egidio y de parroquias italianas. También estará presente una delegación de Gaza, con algunos niños heridos, que llegaron gracias a la misión humanitaria del gobierno italiano y acogidos por la propia Comunidad. Este día, concluyó Impagliazzo, está llamado a dar respuesta a una pregunta lacerante: si la humanidad se está acostumbrando al sufrimiento de los niños.

El testimonio de dos estudiantes

Luego fue el turno de dos jóvenes estudiantes que ofrecieron su testimonio: Hanna Imordi, de Nigeria, y Rahila Saya, de Afganistán, que siguen el programa de Humanidades Globales de la Universidad La Sapienza de Roma. Los primeros llegaron a Italia a través del Mediterráneo hace seis años; la segunda es una refugiada que intenta dar voz a las mujeres de su país. Finalmente, Aldo Cagnoli, coordinador adjunto de la Jornada, subrayó que este evento se convierte en un camino y traza una vía para seguir adelante. Anteriormente intervinieron Francesco Rocca, presidente de la región del Lacio, ilustrando algunos aspectos logísticos relacionados con la asistencia y el transporte de los niños, y el alcalde de Roma, Roberto Gualtieri, que subrayó el compromiso asumido de colaborar en la organización del evento. Finalmente, el presidente de "Deporte y Salud", Marco Mezzaroma, aseguró haber aceptado con alegría la invitación de poner a disposición de la Jornada el estadio Olímpico y el parque del Foro Itálico.

El Papa en el Estadio Olímpico

Por la tarde se espera la llegada del Papa Francisco al Estadio. Después del momento de bienvenida, Francisco responderá a las preguntas de los representantes de los niños de todo el mundo. A continuación, tendrá lugar un partido de fútbol de cinco minutos de duración entre niños y algunos futbolistas de fama internacional, capitaneado por el portero Gianluigi Buffon. Será el propio Pontífice quien dará la patada de inicio. Seguirá un espectáculo del Cirque du soleil. El evento será transmitido en mundo visión.

La Misa en San Pedro

El domingo 26 de mayo, en la Plaza de San Pedro, la Misa presidida por el Papa estará precedida por la entrada de algunos niños vestidos con trajes tradicionales y, tras el recitado del Regina Caeli, Roberto Benigni dará vida a un monólogo que concluir el día. Por su parte, Marco Impagliazzo, presidente de la Comunidad de



Sor Viktoriya y su misión: devolver la sonrisa a los niños ucranianos

Sor Viktoriya Andrushchynhyna salva la infancia destruida por la guerra. Dispensa gotas de bien en las zonas fronterizas, y sus ángeles de alegría llegan a ciudades y pueblos liberados de la ocupación rusa. Citando al Papa Francisco sobre el hecho de que los niños ucranianos ya no sonríen, se ve como la "monja que devuelve la sonrisa".

BEATA ZAJĄCZKOWSKA

"Temo solo una cosa, tener que enterar a alguno de los niños que cuidamos", afirmó la Hna. Viktoriya. Desde los primeros momentos después de la agresión rusa en Ucrania, comenzó a crear refugios seguros para madres con niños pequeños y mujeres embarazadas.

El refugio en la estación y los ángeles de la alegría

"Durante la primera semana de bombardeos, estábamos en el sótano, asustadas, y pensando en cómo ayudar a nuestros hijos", contó. Más tarde, se dirigió a la estación de tren, donde se detenían los refugiados del este de Ucrania. Una mujer que conoció por casualidad le dijo que había preparado una habitación para madres con hijos, donde podían sentirse seguras.

Empezó a cuidar de los hijos de los desplazados que se habían refugiado en Vinnytsia. Reunió a un grupo de voluntarios y comenzó a organizar los juegos: "Quería sacar a los niños de la tristeza en la que estaban atrapados". Señaló que la guerra impone a los ni-

ños un régimen difícil de soportar: no pueden ir a la escuela ni salir a jugar. Para formalizar el proyecto que comenzaba a tomar formas concretas, la monja se unió al Servicio de Emergencia Cristiano, establecido en Kiev para ayudar a las personas después del estallido de la guerra en 2014. En ella ha creado un cuerpo de ayuda a los niños: "Los Ángeles de la Alegría".

La vocación angélica

El nombre no es aleatorio. Sor Viktoriya pertenece a la Congregación de las Hermanas de los Ángeles, fundada en 1889 cuando la Iglesia fue duramente perseguida por el zar ruso. Las conoció gracias a su tía materna. "Cuando mi tía venía a vernos, daba un excelente testimonio y yo decidí seguir sus pasos". En 2005, hizo sus primeros votos. Estudió pedagogía, lo que le dio un nuevo rumbo a su vida. "Trabajar con niños es mi pasión, es una tarea de mucha responsabilidad, además los padres nos confían sus alegrías, confiando en que están seguros y que serán educados en los más altos valores" - dijo. Confiesa que ya había tenido una buena escuela en casa, donde había cuidado a cuatro hermanos menores. Una hermana, siguiendo sus huellas, ha entrado en las Hermanas de los Ángeles.

La monja del retorno de la sonrisa

Actualmente, sor Viktoriya trabaja en Zhytomyr, pero con sus ángeles de la alegría viajan continuamente a las zo-

nas liberadas de los rusos. La ayuda se dirige principalmente a los niños desplazados, procedentes de familias difíciles y cuyos padres murieron en la guerra. Cada vez, de 50 a 70 niños participan en el proyecto "Aventuras Angélicas". "Llegamos temprano, decoramos la habitación con globos, llevamos la máquina de algodón de azúcar y los perritos calientes, y comienzan los juegos", dice. Cada uno de los niños recibe una aureola, y la monja junto con los voluntarios les cuenta a los pequeños sobre los ángeles y su misión, y que cada uno de nosotros puede ser un ángel para el prójimo. Durante el juego, también aparece un pastel para los niños que celebran su cumpleaños: "Les devolvemos un sustituto de la normalidad, pensamos en las pequeñas cosas que los padres ya no tienen fuerzas para cuidar". Confiesa que su corazón se rompe cuando los niños reciben regalos sin la menor emoción en la cara, sin una sonrisa. "Se necesita mucho tiempo y paciencia para que la tristeza disminuya", dijo. Recuerda las lágrimas de las madres que ven a sus hijos sonreír de nuevo. Esta es la mayor recompensa para los ángeles de la alegría. Entre los voluntarios se encuentran, entre otros, madres y padres que llevan a sus hijos a aventuras angélicas. "Es un testimonio increíblemente edificante ver a sus padres servir a los necesitados", dijo la Hermana Viktoriya.



Los ángeles necesitan apoyo

En el marco de la misión, las familias reciben paquetes con ayuda alimentaria y productos de higiene personal. "Vivimos de la Divina Providencia", declara la Hna. Viktoriya. A menudo va al mercado y mendiga a los vendedores los productos necesarios. A pesar de la difícil situación, hay una gran solidaridad. Cuando la caja está vacía, ocurren milagros. Encuentra dinero en los libros donados o una transferencia inesperada llega a su cuenta. En los pueblos fronterizos organiza proyecciones de películas para los más pequeños con palomitas de maíz. "Los niños son nuestro futuro, pero son ellos los que más sufren en esta guerra, tenemos que salvar su infancia", dijo sor Viktoriya. Todavía no se ha tenido que cancelar un envío por motivos económicos. "Dios ayuda, envía ángeles buenos, gracias a los cuales podemos invertir en los niños", declaró.

#Sistersproject

La esperanza no defraudará a la creación

MARCELO FIGUEROA

Spes non confundit, "la esperanza no defrauda", es el texto bíblico elegido por el Papa Francisco para encabezar la convocatoria al Jubileo Ordinario del año 2025. En un mundo atravesado por la desesperanza, que se siente defraudado por quienes había depositado su confianza, este llamado a la esperanza de fe restituida es un soplo de vida nueva. El texto referenciado en la Bula, extraído del verso 5 del capítulo 5 de la carta a los Romanos, será una brújula firme para todos los "peregrinos de la esperanza". Al recorrer el texto del documento pontificio, toda esa carta bíblica se transforma en una hoja de ruta hermenéutica que el mismo Papa Francisco explicita: "Dejémoslos conducir por lo que el apóstol Pablo escribió precisamente a los cristianos en Roma".

Cuando pensamos en el sufrimiento de la creación, en la destrucción sistemática de nuestra casa común, y en los desastres naturales provocados por el hombre e intereses inhumanos y desalmados (lit. sin alma), valora-

mos la oportunidad de este año jubilar. Es que muchas veces nuestros pensamientos en este tema nos llevan a la desesperanza, fruto de una realidad empírica atroz, y a la defraudación de quienes, teniendo el poder de revertir estas situaciones, callan, esconden o son cómplices de esta catástrofe planetaria. En la Bula papal, estas situaciones están descritas de la siguiente manera: #16 "Porque hay una verdadera 'deuda ecológica', particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países".

Aquí también, la carta neotestamentaria a la Iglesia de Roma viene a nuestro auxilio: "La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, pues fue sometida a la frustración, no por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme esperanza de que la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclavi-

za, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto" (Rm 8,19-22). Más allá de las tradicionales lecturas escatológicas de un "cielo nuevo y una tierra nueva" (Ap 21,1), este texto nos invita a peregrinar hacia una reflexión esperanzadora del apóstol de los gentiles. La revelación del pueblo de Dios, puesto en términos soteriológicos o del advenimiento del reino de Cristo, generan en la poética paulina una ansiedad de espera que deja de lado la frustración presente. La palabra para "ansiedad" es *apokaradokia*, que se deriva de *kara*, la cabeza. Significa "esperar con la cabeza erguida, y la mirada fija en ese punto del horizonte de donde ha de venir el objeto esperado". Esa ansiedad erguida de lo creado tendrá su ancla firme justamente en la esperanza. Esperanza que el mismo texto la define como una liberación. ¿Liberación de qué?. En el escenario descrito en las citas de la Bula papal, las palabras "corrupción" y "esclavitud" que emanan del texto bíblico son especialmente

significativas y actuales. La corrupción de un sistema de poderes que desprecian el cuidado de la creación, la someten a un régimen esclavizante en donde los carceleros se benefician en sus recursos monetarios y el pueblo sencillo también gime dentro de ese sistema penitenciario atroz. Ese gemido de la creación es asimilado metafóricamente como "dolores de parto". Esta imagen de una creación parturienta trae consigo una figura esperanzadora. La de un niño nuevo, una creación en su máxima pureza, una criatura con un pulsión de vida y un futuro de liberación del fraude sistémico actual. Dicho en otras palabras, el nacimiento de una esperanza que no defraudará.

El Papa Francisco, referencia también esta tensión de espera en plenitud de la creación en el #4: "Si aun fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia. Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su de-

La introducción del Papa Francisco a un libro publicado como preparación para la visita pastoral a Verona

Pequeñas teselas de paz

Publicamos íntegramente la introducción, inédita, escrita por Francisco al libro «Justicia y paz se besarán» (Libreria editrice vaticana - «L'Arena», Ciudad del Vaticano - Verona, 2024, páginas 64), una antología de textos del Pontífice que se distribuirá gratuitamente con el periódico veronés con motivo de la visita papal programada para el sábado 18 de mayo a la ciudad de Scaliger.

Me complace presentar con algunas palabras esta colección de textos y pensamientos sobre el tema, muy actual, de la relación entre justicia y paz, cuyo vínculo está en el centro de la visita que realizaré en breve a Verona. Justicia y paz, auspicia el salmista, se besarán, es decir, se unirán como sucede a la amada con

en seguir la arbitrariedad personal o política, sino lo que exige la naturaleza del ser». Guardini, con su acción educativa, sus reflexiones filosóficas y espirituales, fue un faro en un tiempo particularmente oscuro, el de la Alemania de los años treinta y cuarenta, aplastada por el terrible yugo del régimen nazi. Al-

es en las pequeñas cosas donde estamos llamados a testimoniar la fuerza pacífica de la cruz de Cristo y la vida nueva que nace de ella: un gesto de perdón hacia quien nos ha ofendido, soportar una maledicencia injusta, ayudar a alguien marginado

su amado. Porque son dimensiones interiores y procesos históricos que están o decaen juntos: si falta la justicia, la paz se ve amenazada; sin la paz, la justicia se ve comprometida.

Y es muy cierto que la justicia, entendida como la virtud de devolver lo que se debe a Dios y al prójimo, está ligada a la paz, en el sentido más auténtico y propio de la palabra hebrea shalom. Este término significa no tanto la ausencia de guerra sino la plenitud de vida y prosperidad. Y es solo con la justicia que se puede vivir en el shalom, y es únicamente la paz que hace posible la justicia. Esta última es a menudo una de las primeras "víctimas" de cualquier conflicto, mientras que la paz se convierte en una condición previa para una sociedad justa.

Pero ambas dimensiones de lo humano tienen un precio. Que es el de la lucha contra el propio egoísmo – ¡todo egoísmo es profundamente injusto! El egoísmo, es decir, poner lo "mío" por delante de lo "nuestro", es injusto porque excluye al otro y al Otro, lo deja de lado y lo confina a un plano secundario. Y el egoísmo, cuando se convierte en un sistema de vida personal y social, abre las puertas al conflicto, porque para defender «mis» intereses (o los que presumimos como tales) uno está dispuesto a todo, incluso a vencer al vecino, que de vecino se convierte en adversario y, por lo tanto, en enemigo. Para humillar, derribar y derrotar.

Lo ha recordado con palabras inequívocas un gran veronés, nacido en la ciudad de la Arena y más tarde criado en Alemania, Romano Guardini: «La libertad no consiste

en seguir la arbitrariedad personal o política, sino lo que exige la naturaleza del ser». Guardini, con su acción educativa, sus reflexiones filosóficas y espirituales, fue un faro en un tiempo particularmente oscuro, el de la Alemania de los años treinta y cuarenta, aplastada por el terrible yugo del régimen nazi. Al-

El sacerdote y el soldado

En el libro, el Papa recuerda la historia del sacerdote veronés Don Domenico Mercante y del soldado Leonardo Dallasega, que se remonta a abril de 1945, en el convulso momento del final de la Segunda Guerra Mundial, cuando un grupo de paracaidistas alemanes que huían hacia el norte se internaron en Val d'Ilasi, en la frontera con Trentino, y allí interceptaron a un soldado de la Wehrmacht, Leonardo Dallasega, originario de Val di Non. En retirada por sí solo, se incorpora por la fuerza al grupo. Al llegar a Giazza, el último pueblo de Val d'Ilasi, los militares, después de una escaramuza con partisanos, toman como rehenes a don Domenico Mercante, de 46 años, desde hace menos de dos párrocos del pueblo, pero ya conocido por las acciones de protección de la población civil durante la ocupación nazi-fascista. Los soldados querían escudarse con el sacerdote pasando por las montañas, para llegar al Trentino y apuntar hacia el Brennero, para salvarse de posibles represalias. Al llegar por la tarde a la localidad de Cerè-San Martino, un oficial ordena a Dallasega que se deshaga del sacerdote. Pero Dallasega – refieren testigos oculares – responde: «¡Soy católico, padre de cuatro hijos, no pueden disparar a un sacerdote!». Los dos fueron fusilados. El cuerpo de don Domenico fue devuelto a Giazza después de unos días; el de Dallasega fue encontrado con un crucifijo, un rosario y la foto de su esposa en la mano. Sólo muchos años más tarde fue reconocido: durante décadas había permanecido sin nombre. La historia ha sido investigada, documentada y narrada por el sacerdote veronés don Luigi Fraccari, que trabaja en Alemania desde 1943 junto a los internados militares italianos (IMI) y con el nuncio apostólico de la época Cesare Orsenigo.



ciudad, intentaban despertar las conciencias de las personas, adormecidas por el totalitarismo de Hitler. Y pagaron con su vida esta elección de conciencia y libertad. Algunas personas me han contado una historia en la que la justicia y la paz se han unido en un doble sacrificio personal: el de don Domenico Mercante, un párroco de la montaña veronesa tomado como rehén por soldados nazis en los agitados días del final de la guerra, y el del soldado Leonardo Dallasega, que se negó a matarlo porque, como creyente, dijo, no podía matar a

un sacerdote: ambos fueron bárbaramente asesinados. En esta trágica circunstancia encontramos el sentido profundo del sacrificio cristiano: dar la vida por el otro, incluso a costa de la propia. Este es el misterio de la Pascua de Cristo: la violencia y la muerte son derrotadas por el amor y la entrega.

Tal vez no nos veamos obligados a derramar sangre para profesar nuestra fe, como todavía sucede en muchas partes del mundo para muchos de nuestros hermanos cristianos, pero es en las pequeñas cosas donde estamos llamados a testimoniar la fuerza pacífica de la cruz de Cristo y la vida nueva que nace de ella: un gesto de perdón hacia quien nos ha ofendido, soportar una maledicencia injusta, ayudar a alguien marginado. La paz es artesanal: no la construyen solo los poderosos con sus elecciones y sus tratados internacionales, que siguen siendo decisiones políticas muy importantes y urgentes. La paz la construimos nosotros, en nuestras casas, en la familia, entre vecinos, en los lugares donde trabajamos, en los barrios donde vivimos. Podemos hacer las paces ayudando a un migrante que mendiga en la calle, visitando a un anciano que está solo y no tiene con quien hablar, multiplicando los gestos de cuidado y respeto hacia el pobre que es el planeta Tierra, tan maltratado por nuestro egoísmo explotador, acogiendo a cada niño por nacer que viene al mundo, gesto que para santa Madre Teresa era un auténtico acto de paz. Pequeñas teselas de paz, si se sueldan entre sí, construyen una paz grande, que expande su aroma por todas partes.

En estas opciones de paz y justicia diarias y al alcance de la mano podemos sembrar el comienzo de un mundo nuevo, donde la muerte no tendrá la última palabra y la vida florecerá para todos.

Ciudad del Vaticano, 17 de abril de 2024

Discurso del Papa a un grupo de fieles de la Iglesia Siro-Malabar

El deber de custodiar la unidad

El deber de custodiar la unidad ha sido reiterado por el Santo Padre en el discurso dirigido a los fieles de la Iglesia siro-malabar, recibidos en audiencia esta mañana, lunes 13 de mayo, en la Sala del Consistorio. Liderando el grupo que llegó de la India, Su Beatitud Mar Raphael Thattil, con motivo de su primer viaje a Roma después de la elección como arzobispo mayor de Ernakulam-Angamaly.

Beatitudes,
Sus excelencias,
Queridos hermanos y hermanas:

Me complace encontrarme con vosotros y darle la bienvenida a usted, a los hermanos obispos y a cuantos le acompañan en su primer viaje a Roma después de la elección. ¡Ha sido bonita la elección! Saludo fraternalmente también a los representantes de la comunidad siro-malabar de Roma.

Los fieles de vuestra amada Iglesia son conocidos, no solo en la India sino en el mundo entero, por el vigor de la fe y la devoción. La vuestra es una fidelidad antigua, arraigada en el testimonio, hasta el martirio, de Santo Tomás, Apóstol de la India: sois custodios y herederos de la predicación apostólica. Habéis tenido muchos desafíos a lo largo de vuestra larga y problemática historia, que en el pasado también ha visto a hermanos en la fe cometer contra vosotros acciones desafortunadas, insensibles a las peculiaridades de vuestra floreciente Iglesia. Sin embargo, habéis permanecido fieles al Sucesor de Pedro. Y yo estoy feliz hoy de acogerlos y de confirmarlos en la gloriosa herencia que habéis recibido y que lleváis adelante. Sois obedientes, y donde hay obediencia está Ecclesia; donde hay desobediencia está el cisma. Y vosotros sois obedientes, esta es una gloria vuestra: la obediencia. Incluso con el sufrimiento, pero seguir adelante.

Es vuestra historia, singular y preciosa, y es un patrimonio único para todo el Pueblo santo de Dios. Aprovecho para recordar que las tradiciones orientales son tesoros imprescindibles en la Iglesia. Especialmente en un tiempo como el nuestro, que corta las raíces y mide todo, lamentablemente también la actitud religiosa, sobre lo útil y lo inmediato, el Oriente cristiano permite recurrir a fuentes antiguas y siempre nuevas de espiritualidad. Estas fuentes frescas aportan vitalidad a la Iglesia y, por tanto, es bueno para mí, como obispo de Roma, animaros a vosotros, fieles católicos siro-malabares, dondequiera que os encontréis, a cultivar bien el sentido de pertenencia a vuestra Iglesia sui iuris, para que su gran patrimonio litúrgico, teológico, espiritual y cultural pueda resplandecer aún más. Y además le he dicho a Su Beatitud que pida jurisdicción para todos sus migrantes en tantas partes de Oriente Medio. He dicho que tienen que pedir la jurisdicción con las cartas, pero yo hoy ya he dado la jurisdicción y pueden actuar con esto.

También se debe hacer a través de las cartas, pero a partir de hoy puedes. Yo deseo ayudarlos, pero sin sustituirlos, precisamente porque la naturaleza de vuestra Iglesia sui iuris os habilita, además de a un examen atento de las diversas situaciones, también a tomar las medidas oportunas para afrontar con responsabilidad y valentía evangélica, fieles a la guía del Arzobispo Mayor y del Sínodo, las pruebas que estáis atravesando. Es lo que quiere la Iglesia: fuera de Pedro, fuera del Arzobispo Mayor no es Ecclesia.

En este sentido, en los últimos tiempos he dirigido cartas y he dirigido un mensaje de vídeo a los fieles para advertirlos de la peligrosa tentación de querer concentrarse en un detalle, al que no se quiere renunciar, en detrimento del bien común de la Iglesia. Es la deriva de la autorreferencialidad, que lleva a no sentir otra razón que la propia. En español, decimos que esta autorreferencialidad se dice "yo, me, mi, conmigo, para mí": yo, me, mi, conmigo, para mí, todo para mí. Y es aquí donde el diablo -el diablo existe-, el divisor, se insinúa, contrarrestando el deseo más ardiente que el Señor ha expresado antes de inmolarse por nosotros: que nosotros, sus discípulos, fuéramos «una sola cosa» (Jn 17,21), sin dividimos, sin romper la comunión. Custodiar la unidad, por tanto, no es una piadosa exhortación, sino un deber, y lo es sobre todo cuando se trata de sacerdotes que han prometido obediencia y de los que el pueblo creyente espera el ejemplo de la caridad y de la mansedumbre. Beatitud, trabajemos con determinación para custodiar la comunión y oremos sin cansarnos para que nuestros hermanos, tentados por la mundanidad que lleva a endurecerse y dividirse, puedan darse cuenta de que son parte de una familia más grande, que los ama y los espera. Como el Padre con respecto al hijo pródigo, dejemos las puertas abiertas y el corazón abierto para que, una vez convertidos, no encuentren dificultad en entrar (cf. *Evangelii gaudium*, 46): los esperamos. Se confronta y se discute sin miedo -esto está bien-, pero sobre todo se reza, para que, a la luz del Espíritu, que armoniza las diversidades y reconduce las tensiones en unidad, se resuelvan los conflictos. Con una certeza: que el orgullo, las recriminaciones, las envidias no vienen del Señor y nunca conducen a la concordia y a la paz. Faltar gravemente al respeto al Santísimo Sacramento, Sacramento de la caridad y de la unidad, discutiendo los detalles celebrativos de esa Eucaristía que es el punto más alto de su presencia adorada entre nosotros, es incompatible con la fe cristiana. El criterio guía, el verdaderamente espiritual, el que deriva del Espíritu Santo, es la comunión: significa verificarse sobre la adhesión a la unidad, sobre la custodia fiel y humilde, respetuosa y obediente de los dones re-



cibidos.

Y me gustaría decir a todos: en momentos de dificultad y crisis, no nos dejemos llevar por el desánimo o una sensación de impotencia ante los problemas. Hermanos y hermanas, no se apague la esperanza, no nos cansemos de tener paciencia, no nos encerremos en prejuicios que llevan a alimentar la animosidad. Pensemos en los grandes horizontes de la misión que el Señor nos confía, la misión de ser signo de su presencia de amor en el mundo, ¡no escándalo para quien no cree! Pensemos, al tomar cada decisión, en los pobres y en los alejados, en las periferias, en las de la India y en la diáspora, en las existenciales. Pensemos en los que sufren y esperan señales de esperanza y consuelo. Sé que la vida de muchos cristianos en muchos lugares es difícil, pero la diferencia cristiana consiste en responder al mal con el bien, en trabajar sin cansarse con todos los creyentes por el bien de todos los hombres.

Os agradezco el compromiso de vuestra Iglesia en los campos de la formación familiar y de la catequesis, y apoyo vuestro trabajo pastoral dirigido a los jóvenes y a las vocaciones. Estoy cerca de vosotros en la oración y os llevo en el corazón cada día. Y vosotros, por favor, llevad a vuestros hermanos y hermanas mi aliento. Juntos miramos a Jesús: a Él crucificado y resucitado, a Él que nos ama y hace de nosotros una sola cosa, a Él que nos quiere reunidos como una sola familia en torno a un único altar. Como el apóstol Tomás, miremos sus llagas: son visibles aún hoy en el cuerpo de muchos hambrientos, sedientos y descartados, en las cárceles, en los hospitales y a lo largo de las calles; tocando a estos hermanos con ternura, acogemos al Dios vivo en medio de nosotros. Como Santo Tomás, miremos las llagas de Jesús y veamos cómo de aquellas heridas, que habían aturcido a los discípulos y podían arrojarlos a un irreparable sentimiento de culpa, el Señor ha hecho correr canales de perdón y de misericordia. ¡Corazón ancho, corazón ancho, siempre! ¡Qué asombro habrá captado el apóstol Tomás al contemplarlas y ver sus dudas y temores desvanecerse ante la grandeza de Dios! Es el asombro lo que genera esperanza, es el asombro lo que lo ha empujado a salir, a cruzar nuevas fronteras para convertirse en vuestro padre en

la fe. ¡Cultivemos este asombro de la fe, que permite superar cualquier obstáculo!

Y vosotros, queridos fieles de la comunidad siro-malabar de Roma, descendientes del apóstol Tomás en la ciudad de Pedro y Pablo, tenéis un papel especial: desde esta Iglesia, que preside la comunión universal de la caridad (cf. San Igna-

cio de Antioquía, Carta a los Romanos), estáis llamados a rezar y cooperar de manera especial por la unidad dentro de vuestra Iglesia, no solo en Kerala sino en toda la India y en todo el mundo. ¡Kerala, que es una mina de vocaciones! Oremos para que siga siéndolo.

Beatitud, gracias por esta visita fraterna, me alegro. Queridos hermanos y hermanas, de corazón os bendigo y os encomiendo a la Virgen María, a Santo Tomás Apóstol y a vuestros santos y mártires; y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí. ¡Muchas gracias!

Abiertos al misterio, cuidando la fe de los sencillos

VIENE DE LA PÁGINA 1

declaración de sobrenaturalidad (constat de supernaturalitate), con una declaración negativa pero abierta a posibles desarrollos ulteriores (non constat de supernaturalitate) o con una declaración decididamente negativa cuando la no sobrenaturalidad era evidente (constat de non supernaturalitate). Ahora hay mayores posibilidades y matices, siempre con el objetivo de proteger la fe de los sencillos, y normalmente el juicio más positivo pasa a ser el del nihil obstat, una autorización que no obliga a la Iglesia a pronunciarse sobre el sobrenaturalismo, pero certifica que los elementos positivos prevalecen y por lo tanto es un fenómeno a promover.

Lo que sucedió en las últimas décadas ayuda también a comprender por qué, a partir de ahora, siempre se esperará la implicación del Dicasterio para la Doctrina de la Fe y el obispo diocesano siempre se pronunciará de acuerdo con la Santa Sede. Una medida que se hace necesaria por los casos de pronunciamientos contradictorios del pasado reciente y también por la ahora evidente imposibilidad de limitar estos fenómenos al contexto local.

En la audiencia general el nuevo llamamiento del Papa que reza también por las víctimas de las inundaciones en Afganistán

“Paz definitiva y no a las guerras”

“El amor es la ‘puerta estrecha’ por la que debemos pasar para entrar en el Reino de Dios. Porque al final de la vida no seremos juzgados por el amor genérico”, sino “por la caridad, por el amor que hemos tenido en la práctica” y por la capacidad de perdonar “incluso al enemigo”. Lo ha subrayado el Papa en la audiencia general del miércoles 15 de mayo, en la plaza de San Pedro. Continuando su catequesis sobre los vicios y las virtudes, el Pontífice se detuvo en la tercera virtud teologal: la caridad.

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días!

Hoy vamos a hablar de la tercera virtud teologal, la caridad. Las otras dos, recordamos, eran la fe y la esperanza: hoy hablaremos de la tercera, la caridad. Es el culmen de todo el itinerario que hemos recorrido con las catequesis sobre las virtudes. Pensar en la caridad ensancha inmediatamente el corazón, la mente corre hacia las inspiradas palabras de San Pablo en la Primera Carta a los Corintios. Como conclusión de ese maravilloso himno, San Pablo cita la tríada de las virtudes teologales y exclama: “En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor” (1 Co 13,13). Pablo dirige estas palabras a una comunidad que distaba mucho de ser perfecta en el amor fraterno: los cristianos de Corinto eran más bien pendencieros, había divisiones internas, había quienes pretendían tener siempre la razón y no escuchaban a los demás, considerándolos inferiores. A ellos Pablo les recuerda que la ciencia engríe, mientras que la caridad edifica (cf. 1 Co 8,1). A continuación, el Apóstol recoge un escándalo que afecta incluso al momento de mayor unidad de una comunidad cristiana, a saber, la “Cena del Señor”, la celebración de la Eucaristía: incluso allí hay divisiones, y hay quien aprovecha para comer y beber excluyendo a los que no tienen nada (cf. 1 Co 11,18-22). Frente a esto, Pablo pronuncia un juicio severo: “Así pues, cuando se reúnen, lo suyo ya no es comer la cena del Señor” (v. 20): ustedes tienen otro ritual, que es pagano. No es la cena del Señor.

Quién sabe, tal vez nadie en la comunidad de Corinto pensara que había pecado y aquellas duras palabras del Apóstol sonaban un poco incomprensibles para ellos. Probablemente todos estaban convencidos de que eran buenas personas y, al ser interrogados sobre el amor, habrían respondido que el amor era, sin duda, un valor muy importante para ellos, al igual que la amistad y la familia. Incluso hoy en día, el amor está en boca de muchos, está en la boca de muchos; en la boca de muchos “influencers” y en los estribillos de muchas canciones. Se habla tanto del amor, pero ¿qué cosa es el amor?

“¿Pero el otro amor?”, parece preguntar Pablo a sus cristianos de Co-



rinto. No el amor que sube, sino el que baja; no el que quita, sino el que da; no el que aparece, sino el que está oculto. A Pablo le preocupa que en Corinto -como también entre nosotros hoy- haya confusión y que, de la virtud teologal del amor, la que viene solo de Dios, en realidad no haya ni rastro. Y si incluso de palabra todos aseguran que son buenas personas, que aman a su familia y a sus amigos, en realidad saben muy poco del amor de Dios.

Los cristianos de la antigüedad tenían varias palabras griegas para definir el amor. Finalmente, surgió la palabra “ágape”, que normalmente traducimos por “caridad”. Porque, en realidad, los cristianos son capaces de todos los amores del mundo: también ellos se enamoran, más o menos como le ocurre a todo el mundo. También experimentan la bondad de la amistad. Asimismo, experimentan el amor a la patria y el amor universal a toda la humanidad. Pero hay un amor más grande, un amor que viene de Dios y se dirige a Dios, que nos empuja a amar a Dios, a convertirnos en sus amigos, y nos impulsa a amar al prójimo como Dios lo ama, con el deseo de compartir la amistad con Dios. Este amor, por causa de Cristo, nos lleva a donde humanamente no iríamos: es amor por los pobres, por lo que no es amable, por los que no nos quieren y no son agradecidos. Es amor por lo que nadie amaría; incluso por el enemigo. Incluso por el enemigo. Esto es “teologal”, esto viene de Dios, es obra del Espíritu Santo en nosotros.

Jesús predica, en el Sermón de la Montaña: “Si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacen bien solo a los que les hacen bien, ¿qué mérito tienen? También los pecadores hacen lo mismo” (Lc 6,32-33). Y concluye: “Por el contrario, amen a sus enemigos - nosotros estamos acostumbrados a hablar mal de los enemigos- hagan el bien y presten sin esperar nada, con generosidad, y será grande su recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos” (v. 35). Recordemos esto: “amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar na-

da”. No lo olvidemos.

En estas palabras, el amor se revela como una virtud teologal y toma el nombre de “caridad”. El amor es caridad. Enseguida nos damos cuenta de que es un amor difícil, incluso imposible de practicar si no se vive en Dios. Nuestra naturaleza humana nos hace amar espontáneamente lo que es bueno y bello. En nombre de un ideal o de un gran afecto podemos incluso ser generosos y realizar actos heroicos. Pero el amor de Dios va más allá de estos criterios. El amor cristiano abraza lo que no es amable, ofrece el perdón- cuán difícil es perdonar: cuanto amor hace falta para perdonar: El amor cristiano bendice a los que maldicen, y estamos acostumbrados ante un insulto, una maldición, a responder con otro insulto, con otra maldición. Es un amor tan audaz que parece casi imposible, y sin embargo es lo único que quedará de nosotros. El amor es la “puerta estrecha” por la que debemos pasar para entrar en el Reino de Dios. Porque al atardecer de la vida no seremos juzgados por el amor genérico, sino juzgados precisamente por la caridad, por el amor que he-

mos dado concretamente. Y Jesús nos dice esto tan bello: “En verdad les digo que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25,40). Esta es la cosa bella, la cosa grande del amor. ¡Adelante y ánimo!

“Todos juntos, con el corazón grande, recemos para que haya paz definitiva y no haya guerras, nada de guerras”. En la audiencia general, un nuevo llamamiento del Papa Francisco, que invita a los fieles presentes en la Plaza de San Pedro y a los que le siguen a través de los medios de comunicación a rezar “por la paz” y a no olvidar “a la martirizada Ucrania; Palestina, Israel, Myanmar”.

“Recemos por todos los pueblos que sufren” los conflictos, añadió el Pontífice, “porque -explicó- la guerra es siempre una derrota”. En esta ocasión, el Obispo de Roma dirige también un “pensamiento a las queridas poblaciones de Afganistán, duramente golpeadas por las trágicas inundaciones que han causado numerosas pérdidas de vidas, incluidos niños, y continúan causando la destrucción de muchas casas”.

“Rezo por las víctimas, en particular por los niños afganos y sus familias”, aseguró el Papa, pidiendo la movilización de “la comunidad internacional para proporcionar inmediatamente la ayuda y el apoyo necesarios para proteger a los más vulnerables”.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que aumente nuestra caridad y nos conceda un corazón abierto, un corazón generoso para no ser indiferentes ante las necesidades de los demás. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

La esperanza no defraudará a la creación

VIENE DE LA PÁGINA II

sarrollo; tener los ojos sencillos de san Francisco que, en su Cántico de las criaturas, escrito hace 800 años, veía la creación como una gran familia y llamaba al sol “hermano” y a la luna “hermana”. La perícopa bíblica que describe la temática de ansiedad erguida y el gemido de la creación, cierra con un pasaje muy significativo. “Con esa esperanza nos hemos salvado. Una esperanza que ya se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve no necesita esperarlo. Pero, si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia” (Rm 8, 24-25). En el inicio del documento pontificio, Francisco expresa “...eso lleva a desarrollar una virtud estrecha-

mente relacionada con la esperanza: la paciencia”.

Esta esperanza paciente de liberación, redención y recreación de la casa común, están íntimamente relacionada con la redención del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Esta esperanza en la vida eterna está ampliamente reflejada entre los apartados #20 al #22 de la Bula papal. Si bien ambas dialogan de manera insuperable tanto en la Bula como en la carta a los Romanos, fue mi anhelo acercar algunas herramientas para considerar el peregrinaje de lo creado hacia esos horizontes esperanzadores. Para poder afirmar con seguridad paciente pero valiente que ¡La esperanza no defraudará a la creación!.